

CARRERAS, Sandra - CARRILLO ZEITER, Katja (eds.). *Las ciencias en la formación de las naciones americanas*. Madrid. 2014. - Frankfurt am Main. Iberoamericana - Vervuert. 325 pp.

En la introducción a la obra, titulada “*Las ciencias en la formación de las naciones americanas. Una introducción*”, las editoras, Sandra Carreras y Katja Carrillo Zeiter, señalan como punto de partida del volumen el simposio: “Las ciencias en la formación de la nación en América Latina (1810-1925)”, que tuvo lugar en Berlín en el año 2010. De aquí se infiere que la temática central, en torno a la cual giran los distintos capítulos del libro, es la relación, o para ser más exactos las múltiples y diferentes relaciones, entre las ciencias y la formación de las repúblicas americanas, campo temático muy adecuado por su vigencia, que, como veremos, se abordará en el volumen de manera homogénea y exhaustiva, precedido por un contexto histórico muy correcto y pertinente desarrollado en esta introducción, que refleja parte importante de la revisión historiográfica que se viene llevando a cabo en los últimos tiempos en torno al proceso de formación del Estado-nación en América Latina. En este contexto histórico, dejan claro en primer término las editoras que, aunque la historiografía nacionalista decimonónica consideró las independencias como nacimiento de las naciones americanas, en realidad fue necesario un proceso más dilatado en el tiempo para la conformación de las identidades nacionales, y que en estas conformaciones influyeron decisivamente cuestiones de orden transnacional. Las recién nacidas repúblicas fueron, como consecuencia, deficitarias durante largo tiempo. De entre todos los factores que intervinieron en la mencionada formación de las nuevas repúblicas, las ciencias y sus profesionales, los científicos, será del que el volumen se ocupe. Y esta intervención de la ciencia no fue ni mucho menos menor.

Es necesario tomar en consideración que se produjo una coincidencia temporal entre las independencias y las primeras décadas de vida independiente y el proceso de renovación científica acaecido en el siglo XIX en Europa. En estos años iniciales de las repúblicas americanas, el foco de interés estaba sobre todo puesto en el conocimiento del territorio nacional, de su geografía y de su riqueza natural. No obstante, este interés no surge repentinamente, sino que tiene claros antecedentes en el término de la etapa colonial y en el paradigma ilustrado predominante en esa época. Sin embargo, un relevante nuevo aspecto está presente ya entrado el siglo XIX: la construcción de la nación y sus vínculos con la ciencia. En este contexto, uno de los aspectos que no resultó sencillo fue la creación en las nuevas repúblicas de instituciones científicas de carácter estable. Por el contrario, el término de la vinculación colonial fue perjudicial porque de las metrópolis dependían en gran medida las cuestiones científicas. En estos primeros años de vida independiente de las repúblicas latinoamericanas la historia natural fue la ciencia que concentró mayor atención. Esto se debió a que la naturaleza fue un elemento importante para la configuración de la identidad nacional en estas repúblicas en las que, como explican Carreras y Carrillo Zeiter, las coincidencias entre los grupos de poder criollo y las antiguas metrópolis eran muy llamativas y no podían establecerse las diferencias en cuestiones lingüísticas o culturales. Además, el conocimiento y control de la naturaleza ofrecía ventajas de orden

económico, concretamente en lo relativo a la explotación de los recursos naturales. En el marco de la situación descrita tuvo lugar la formación de museos, como vitrina de muestra de los mencionados recursos naturales. Otros campos científicos que poco a poco fueron acaparando la atención de los nuevos estados-nacionales fueron la historia, la filología y la antropología. En esta coyuntura histórica, se produjo asimismo la formación de redes científicas internacionales. Viajeros de diferentes nacionalidades europeas y estadounidenses, se desplazaron a América Latina con objetivos científicos y también económicos. Muchos de estos viajeros fijaron su residencia en los países latinoamericanos de destino y se fundieron con las comunidades científicas locales, protagonizando relevantes roles en ellas en muchos casos. En otros, estos científicos recogieron materiales americanos que se trasladaron a Europa para ser estudiados y expuestos en museos. Abundantes objetos, no obstante, fueron mostrados en museos latinoamericanos, a modo de ilustración de la historia y la naturaleza de la nación. Ahora bien, critican las editoras que un campo que quedó pendiente en gran medida fue el del conocimiento de las comunidades indígenas, tanto por parte de los científicos europeos como de los americanos.

Transcurrieron las décadas hasta que a finales del siglo XIX el auge de las ciencias tanto en Europa como en Estados Unidos fue verdaderamente notable. Esto se reflejó en la profesionalización de los científicos, que llevaban a cabo su actividad en universidades y en otras instituciones de investigación de carácter estatal. Estos nuevos profesionales se unieron en comunidades científicas en las que el conocimiento fluía con agilidad, que tenían gran independencia en las decisiones relativas a la calidad y el prestigio científicos, y que se vieron reforzadas por la conformación de asociaciones internacionales y la celebración de congresos internacionales. Sin embargo, todo este carácter internacional de la ciencia del término del siglo XIX convivió con su paradójico simultáneo carácter nacional, ya que las producciones científicas buscaban diferenciarse en función de su nación de procedencia. Es más, el carácter nacional de la ciencia pretendía trascender e imponerse como internacional, como universal. La internacionalización y el desarrollo científicos de finales del siglo XIX europeo y norteamericano también tuvieron lugar en el ámbito latinoamericano. Allí, como reflejo de la mencionada profesionalización científica, se crearon facultades, centros de investigación, revistas científicas, etc. Uno de los motivos que explican lo anterior es que los grupos de poder político confiaban en estos años en la ciencia como agente europeizador, de desarrollo económico, de conocimiento (en especial de los territorios nacionales poco explorados todavía) y de educación y consecuente control de las poblaciones nacionales.

Este contexto histórico descrito por Sandra Carreras y Katja Carrillo Zeiter sirve como marco a la que se mencionaba al inicio de la introducción como la temática central del libro: “las diferentes formas de relación entre las ciencias y la formación de las naciones”. A ella contribuyen de distintos modos los diferentes capítulos del volumen. En lo que se refiere a los países en los que se centran, dos de ellos abordan América Latina de manera general; otro trata Estados Unidos; y los restantes se ocupan de repúblicas latinoamericanas concretas: México, Chile, Perú y Argentina. Y en lo tocante a las ciencias en las que se focalizan, tratan acerca de ciencia de modo general dos contribuciones, otras dos de historia, dos más sobre geografía y cartografía,

otros tres apartados abordan antropología y, por último, otros dos se ocupan de las ciencias relacionadas con el lenguaje.

Explicando lo anterior con más detalle, dos capítulos se dedican a la ciencia de manera general, el de Axel Jansen y el de Manuel Burga. El primero de ellos narra el proceso de fundación de una academia nacional en los Estados Unidos y de las relaciones existentes entre las esferas política y científica del Estado-nación, prestando particular atención a la figura de Alexander Dallas Bache, fundador de la mencionada academia. Y el segundo realiza un recorrido por la historia de la ciencia en el Perú decimonónico, revisando las figuras de diferentes científicos: Hipólito Unanue, José de la Riva-Agüero y Sánchez Boquete, Antonio Raimondi, Manuel Vicente Villarán, Carlos Rospigliosi Vigil, Julio C. Tello y Fortunato Herrera. Por su parte, los epígrafes de Guillermo Zermeño y Antonio Sáez se ocupan de la historia. El elaborado por Zermeño trata la conjunción entre la nación y la ciencia histórica en el México decimonónico, llevando a cabo una revisión de la evolución de la historiografía mexicana del siglo XIX, durante la cual se produce la construcción de un nacionalismo cultural a través de la recuperación selectiva del pasado prehispánico y colonial, hasta que la historia llega a ser considerada como disciplina científica. Y el apartado firmado por Sáez se ocupa de cómo la institucionalización y la toma de carácter científico de la historia en el Chile decimonónico reforzó ciertos discursos de identidad nacional, focalizados en la excepcionalidad chilena de carácter político, de tal manera que la ciencia histórica resultó ser parte fundamental en la conformación de la identidad nacional.

Las contribuciones de Leoncio López-Ocón y Carla Lois se centran en la geografía y la cartografía, respectivamente. La referida a geografía se aboca al estudio de la Sociedad Geográfica de Lima, su fundación, su quehacer geográfico a lo largo de su medio siglo de funcionamiento y, finalmente, hace balance de su “proyecto nacionalizador”, puesto que, en esta sociedad, el conocimiento geográfico y el sentimiento nacional se encuentran y se desarrollan en el siglo XIX peruano. Y la dedicada a cartografía se encarga de las concepciones cartográficas europeas de América tras las independencias de sus repúblicas, de la reelaboración y las utilidades de estos mapas políticos del continente sudamericano en el contexto de la formación territorial de los nuevos estados durante la primera mitad del siglo XIX, haciendo particular incidencia en el caso argentino. Los capítulos focalizados en antropología son los de Jesús Bustamante, de Irina Podgorny, Máximo Farro, Alejandro Martínez y Diego Ballesteros y de Mechthild Rutsch. El primero, centrado en los casos mexicano y argentino, aborda la institucionalización de antropología decimonónica y su relación con la conformación de nuevas naciones, procesos en los cuales los museos desarrollan un papel sumamente relevante, porque sus colecciones pasan a conformar los materiales de estudio de la disciplina antropológica y porque es en estas instituciones donde se habilitan los primeros puestos orientados a la enseñanza de dicha disciplina. El segundo se hace cargo de las prácticas antropológicas en los museos argentinos, caracterizados por responder a iniciativas particulares, de las cuales se indaga en profundidad en el caso de Francisco P. Moreno y el Museo de La Plata. Y el tercero de estos capítulos antropológicos trata las aportaciones de científicos y viajeros alemanes a la disciplina antropológica mexicana, que se sustentan en inicio en intereses

personales de individuos fascinados por los restos arqueológicos, pero después se institucionalizan, provocando la creación de instituciones de enseñanza e investigación en México, en lo que tiene suma influencia el interés del Estado mexicano en incorporar al imaginario nacional elementos prehispánicos.

Y, por último, los apartados de Iris Bachmann y Kirsten Süselbeek se encargan de las ciencias del lenguaje. El escrito por Bachmann analiza los intercambios científicos habidos entre América Latina y Europa, focalizándose de manera particular en varios científicos, Rufino José Cuervo, Rudolf Lenz, Friedrich Philipp von Martius y Capistrano de Abreu, todos los cuales se encuentran insertos en las redes científicas internacionales, lo que tiene impacto en el proceso de formación nacional. Y el elaborado por Süselbeek constituye un estudio de las academias correspondientes de la lengua hispanoamericanas y las motivaciones de sus fundaciones por parte de España, el intento de mantener, ante la pérdida colonial, una “unidad cultural hispana”, y no tan claras las americanas, que paradójicamente tienen que ver con la creación de identidades nacionales.

Podría afirmarse, a manera de conclusión, retomando la introducción de Sandra Carreras y Katja Carrillo Zeiter, que las contribuciones que conforman el libro tienen en común el tratamiento de varios elementos relacionados con la nación: historia, territorio, pueblo y lengua. Todos estos elementos están tras las ciencias que constituían la temática central de los capítulos: la historia, la geografía y la cartografía, la antropología y las ciencias de la lengua. Y, claro está, todas ellas colaboraron en el proceso de formación de los estados-nación americanos en el siglo XIX. Además, continúan las editoras, estas colaboraciones evidencian las consecuencias que tanto para la ciencia como para la nación tuvieron los fuertes vínculos existentes entre ambas. En relación con lo dicho, destacaríamos de este volumen compilatorio dos cuestiones. Por una parte, el hecho de que aborda cumplidamente las principales ciencias que formaron parte del proceso de formación del estado-nación: historia, geografía y cartografía, antropología y ciencias relacionadas con el lenguaje; ocupándose también de un número importante de los países latinoamericanos más representativos en cuanto a la temática tratada. Y, por otro lado, la novedad y la vigencia de esta temática, especialmente teniendo en cuenta el lugar central que ocupan las discusiones de carácter científico en general e historiográfico en particular en buena parte de las contribuciones. Homogeneidad y exhaustividad temática, también variedad geográfica, así como pertinencia y novedad en el campo de estudio son, pues, las principales virtudes de un libro muy recomendable tanto para los estudiosos del fenómeno nacionalista y del proceso de formación de los estados americanos como de la historia de las ciencias sociales y humanas.

Eva SANZ JARA

Universidad Complutense de Madrid
eva.sanz.jara@ucm.es